

EL TRATO DE DIOS CON AGAR

Génesis 16; 21

En el capítulo 16 de Génesis, tenemos 16 versículos que revelan algo importante en cuanto al mal hacer de los hombres y al buen hacer de Dios.

Movida por la impaciencia, Saray, la esposa de Abram que dudaba en cuanto a un cambio en su prolongada esterilidad, propone a su marido seguir una costumbre del tiempo. El ser nacido de la unión de su sierva Agar con él sería su hijo a ella.

Por falta de fe en la promesa, Abram accedió.

Pero, si bien como previsto Agar se queda embarazada, la jugada humanamente concebida sale mal. La sierva embarazada de Abram **“mira con desprecio”** a su señora estéril que llegará a maltratarla.

Intentemos ponernos en el lugar de Agar. Se da probablemente cuenta que ha actuado mal, siendo esclava no se podía permitir tratar así a su dueña. Pero se ve atrapada, no ve salida, ¿qué pasará? Saray ahora le hace la vida imposible. Ya no lo puede aguantar más.

La cosa hubiera podido haber salido fatal. En la actualidad, se hubiera quizás planteado un aborto en una clínica especializada.

Decide fugarse, hastiada de tanto maltrato, y anda errante por el desierto. Está desesperada, embarazada y en una situación muy embarazosa. No sabemos si ha clamado a Dios en su aflicción; es posible (v.11; tenía el ejemplo del piadoso Abram, hombre de oración).

Pero, he aquí que interviene Dios – bajo los rasgos del Ángel del Señor - mostrando su amor y deseo de guiar y bendecir a todos (recordamos que Agar e Ismael no forman parte del pueblo de Dios), y de deshacer los entuertos humanos.

El primer principio que nos llama la atención, es el gran deseo de Dios - el Gran Consejero - de entrar en comunicación con el hombre para ayudarlo, tranquilizarle, darle esperanza. Él es quien toma la iniciativa. La llama por su nombre y su condición, y le pregunta:

-Agar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y a dónde vas?

-Estoy huyendo de mi dueña Saray – respondió ella.

Una vez entablado el diálogo, observamos que Dios tal como en el caso de Caín (Gén 4.6-7) aconseja, guía, un ser humano fragilizado y perturbado en sus emociones. En ambos casos el consejo es claro y trae consigo esperanza y promesa. En ambos casos es una cuestión de sometimiento (si bien tenemos aquí el caso inverso del de Caín que tenía que dominar sobre sus impulsos asesinos).

-Vuelve junto a ella y sométete a su autoridad – le dijo el ángel-

De tal manera multiplicaré tu descendencia, que no se podrá contar.

Estás embarazada, y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Ismael, porque el Señor ha escuchado tu aflicción.

Dios había hablado a Caín, pero éste no hizo caso, se sometió a sus instintos asesinos. La reacción de Agar es diferente. Está sobrecogida por la deferencia de Dios, ¿¡que le

hable directamente a ella, una esclava!?, esto supone que la ve, y que ha conocido personalmente (“**he visto al que me ve**”; **le puso por nombre “El Dios que me ve**”) al que la conoce perfectamente, hasta en sus entrañas. Está encantada del resultado de la ecografía divina - es niño - “**Darás a luz**”; se olvidaron las ideas de aborto. Hará caso a este Dios que lo sabe todo, que escucha la aflicción y bendice a la humanidad. ¿Cómo la recibirá Saray? No lo sabe, pero, sabe lo que tiene que hacer, Dios proveerá, ella bautizará un pozo en su honor.

En el capítulo 21 de este mismo libro de Génesis encontramos un segundo episodio del trato de Dios con Agar.

Esta vez es el niño ya adolescente que desencadena el incidente. Cuando fue destetado el medio hermano Isaac (¿sobre los 3 o 4 años?), fiel a la profecía “**vivirá en conflicto con todos sus hermanos**” (16.12), Ismael se burla de él.

Otra vez, Sara reacciona en seguida y drásticamente en tono profético (cf. Gál 4.30 donde Pablo considera la declaración siguiente como la Palabra de Dios) diciendo a su marido:

-¡Echa de aquí a esa esclava y a su hijo! El hijo de la esclava jamás tendrá parte en la herencia con mi hijo Isaac.

Otra vez se ve a la pobre Agar encaminada al desierto y desanimada.

De paso, y entre paréntesis, observamos nuevamente el cuidado pastoral de Dios para con su siervo Abraham, padre de Ismael. Si bien conocía la voluntad de Dios, se había encariñado con el primer hijo de su vejez y se “**angustió mucho... porque se trataba de su propio hijo**”.

-No te angusties por el muchacho ni por la esclava...del hijo de la esclava haré una gran nación, porque es hijo tuyo.

Con alguna poca provisión, el patriarca despide a la madre y al hijo.

Agar partió y anduvo errante por el desierto de Berseba.

Nuevamente, una gran tristeza y aflicción se apodera de Agar - se habría acabado el agua y la esperanza - que comienza “**a llorar desconsoladamente**” (y posiblemente Ismael lloraría también cf. v.17).

Agar está otra vez desesperada y desorientada.

Y nuevamente, Dios revela su presencia y su deseo de ayudar, guiar, tranquilizar.

¿Habría orado Agar? No forzosamente, no lo dice el texto. Pero sí dice que Dios se acerca a ella por medio de su Ángel para tranquilizarla, llamándola nuevamente por su nombre:

“¿Qué te pasa, Agar? No temas, pues Dios ha escuchado los sollozos del niño. Levántate y tómallo de la mano, que yo haré de él una gran nación.”

“En este momento Dios le abrió a Agar los ojos, y ella vio un pozo de agua. En seguida fue a llenar el odre y le dio a beber al niño. Dios acompañó al niño...”

Nuevamente un pozo, que nos recuerda que nuestro buen Dios, que nos ve, desea abrirnos los ojos - ¿y refrescarnos la memoria, y la fe? - , para que nosotros veamos cómo ha provisto para todo.

Oliver Py